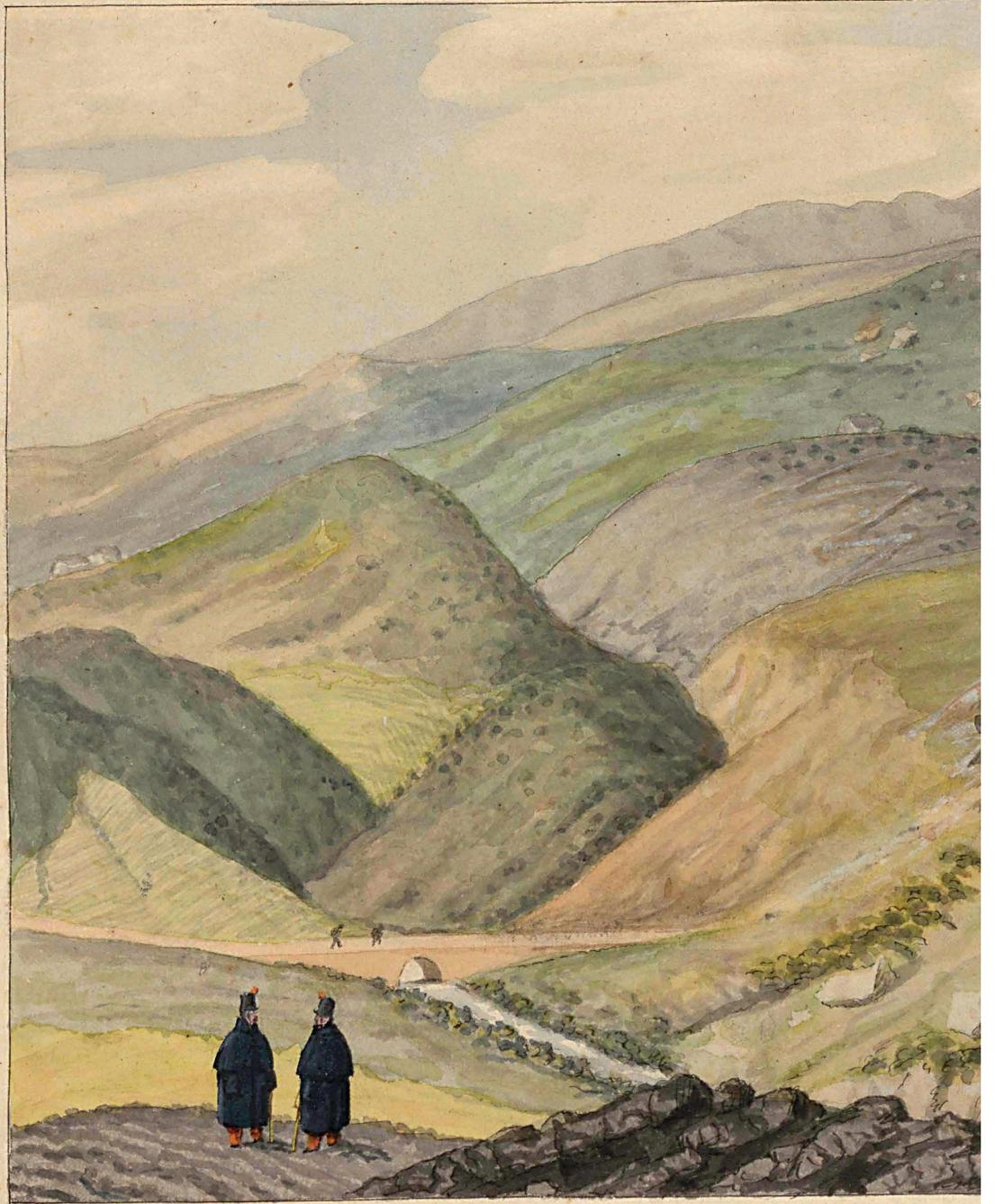


*San*



*Vista del terreno en do  
la que dió libertad al país.*

nr. 40

17 4

*mapa*



*l'onde se dio' la accion de Boyaca,*



NACIDO EN SANTAFÉ (1796) y fallecido en Bogotá (1883), José María Espinosa Prieto se enroló durante el año 1811 en el ejército santafereño que hizo, bajo el mando de Antonio Nariño, la primera campaña sobre la provincia de Popayán, una experiencia personal que le permitió recrear en la pintura, décadas después, sus principales combates. Hacia 1840 pintó la batalla de Boyacá, pese a no haber participado en ella, pero su fama proviene de sus retratos del general Simón Bolívar. Sus memorias, relatadas al escritor José Caicedo Rojas, produjeron en 1876 el libro titulado *Memorias de un abanderado*. De esta obra proviene este fragmento de sus recuerdos, relativo a la entrada del Libertador a la ciudad de Santafé después de la batalla de Boyacá.



**E**ran las siete de la mañana del 9 de agosto de 1819 y me estaba levantando de la cama, cuando una formidable detonación conmovió la casa hasta sus cimientos. Era la explosión del parque [de municiones] que estaba en El Aserrío, media legua al sur de la ciudad. El motivo de ella, como todos lo saben, fue la derrota de los españoles. El ejército patriota había triunfado completamente en Boyacá, el 7 de agosto, derrotando y destruyendo al fuerte y disciplinado ejército español, después de otros triunfos parciales. Esta terrible noticia había llegado a Santa Fe el 8, y al día siguiente muy temprano emigró precipitadamente el virrey Sámano con todos los empleados y custodiado por su guardia de alabarderos, dirigiéndose a Honda para seguir a Cartagena y allí embarcarse para España, pues la pérdida había sido decisiva. El coronel Calzada que mandaba la guarnición, luego que salió el virrey, hizo poner fuego al almacén de pólvora del Aserrío y se fue también con los quinientos hombres de tropa que habían quedado, dirigiéndose a Popayán.

Esta era la detonación que habíamos sentido. Apenas había pasado cuando se me presentó el coronel Hermógenes Maza en la habitación, instándome para que saliéramos. Me parece que lo veo con su capote de bayetón de color carmelito, su cantimplora terciada y un fusil al hombro, y en compañía de un tal Temes... Como yo le tenía más miedo a Maza que a los godos, no quise replicarle, y diciéndole que me aguardase un momento, fui a buscar a mi hermano Eugenio para que saliese conmigo.

—No necesitan armas —dijo Maza—, porque vamos a tomarlas al cuartel de caballería.

¡Qué aspecto el que presentaba la ciudad! Las calles estaban desiertas; partidas de soldados de caballería las recorrían, sin orden ni concierto; oficiales afanosos y turbados daban órdenes aquí y allí; toques de cornetas y tambores por donde quiera; el patriota don Francisco González recorría de prisa las calles principales con un muchacho que tocaba generala, cosa de que nadie hacía caso, porque los realistas huían o se ocultaban y los patriotas no se atrevían a salir por

Autorretrato de José María Espinosa. Acuarela. Museo de la Independencia - Casa del Florero, Bogotá.



FOTO MARTA AYERBE



temor de las violencias y venganzas a que podían entregarse los españoles en aquellos momentos. Fuera de unas pocas personas que solían atravesarse de una parte a otra, despavoridos o conduciendo algunos objetos como de equipaje, solo nosotros andábamos por entre los españoles, que nada se atrevían a decirnos, ni aun nos miraban; éstos eran los últimos restos de la guarnición que había quedado en la ciudad y que se preparaban a salir también.

En el camino se nos reunió don Nicolás Sánchez, y cuando llegamos al cuartel de caballería que estaba en la plazuela de San Francisco, abandonado ya por la tropa y donde solamente había quedado un cuartero y unos pocos hombres que se ocupaban

en trasponer a toda prisa varias armas y municiones, el español que estaba dirigiendo la operación, al vernos y al reconocer a Maza que iba con su fusil, se tiró por el balcón para huir. Salimos de allí armados y municionados y nos dirigimos a San Diego, por donde estaban entrando los derrotados de Boyacá. Una de las personas que encontramos en la calle fue un dependiente de confianza de la casa de don Eduardo Sáenz, que aprovechándose de que este señor había emigrado precipitadamente dejando abandonados todos sus intereses, estaba saqueando la casa con otros. Nuestra presencia fue suficiente para que huyesen atemorizados y se escondiesen. Yo supuse que aquel hombre solo trataba de poner a salvo los intereses de su patrón; pero cuando, muerto en Cartagena Sáenz, volvió a Santa Fe su esposa, hizo las reclamaciones del caso y nada pudo conseguir que le devolviese.

De San Diego para allá encontramos varios derrotados que venían, ya solos, ya en grupos, y Maza comenzó a hacerles tiros de fusil; pero ellos, lejos de hacer frente, se entraban a los potreros desviándose del camino. Nos devolvimos para la ciudad y cerca del Hospicio nos detuvimos mi hermano y yo, viendo a un señor Venegas, muerto de un balazo que le acababa de dar un negro de los españoles que salió por las calles haciendo fuego... Maza era un eminente patriota y héroe benemérito, pero como hombre privado muy poco simpático y aun temible en ocasiones.

Al día siguiente fuimos a la quinta de *La Floresta*; conseguimos allí tres buenos caballos, de los cuales reservamos uno para el amigo Maza. Llegamos a su casa; ya salía con su fusil, pero al vernos dijo:

—Largaremos el fusil y tomaremos la lanza. Don Nicolás Sánchez también iba con nosotros y marchamos en dirección al norte.

Apenas habíamos andado dos leguas cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo, y delgado, a todo el paso de un mag-

nífico caballo cervuno. Todo fue divisarlo Maza y exclamar:

—Allí viene un jefe de los derrotados.

Y diciendo esto picó espuelas a su caballo y cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia exclamó:

—¡Alto ahí! —¿Quién vive?...

El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante. Entonces Maza enristró su lanza y acercándose más, gritó lo mismo. Pero el jefe, pasando de largo por cerca de Maza, le dijo con un tono de tanta dignidad como desprecio:

—No sea pendejo.

En aquel instante reconocieron Maza y mi hermano al general Bolívar, el cual, habiendo tenido noticias en el puente del Común, de que Sámano había emigrado con toda su gente y que la ciudad estaba enteramente abandonada, voló a ella, dejando su escolta, sus edecanes y demás personas que le acompañaban, las cuales se quedaron muy atrás y él venía perfectamente solo. Seguimos con él hasta la plaza de la catedral.

La noticia de su repentina llegada llenó de extraordinario júbilo a toda la población. Llegaron algunos sujetos a caballo y todos le instaban para que fuese al palacio, pero él rechazó; sin duda aguardaba a que llegasen los que venían atrás para darles allí mismo las órdenes del caso. En efecto, a poco rato llegó el coronel Justo Briceño, de una traza la más rara, con los calzones hechos pedazos y una chaqueta corta que parecía haber sido en otro tiempo colorada; bien que Bolívar no estaba más elegante: el uniforme de grana, roto y lleno de manchas por todas partes...



En seguida llegaron el coronel Infante y la caballería apureña en caballos cansados y ocuparon las cuatro esquinas de la plaza. Después se nos acercaron y dijeron:

—Señores: pie a tierra que necesitamos sus caballos para seguir a Honda en persecución de los enemigos.

Nos apeamos y entregamos los caballos; ellos los desensillaron y les pusieron sus fustes llaneros y montaron. Yo me volví para mi casa con la galápaga cargada a las espaldas, ya como a las seis de la tarde. \*

Hermógenes Maza, ca. 1990. Óleo atribuido a Constancio Franco Vargas (1842-1917) / José Eugenio Montoya Gallego (1860-1922) / Julián Rubiano (1855-1925). Colección Museo Nacional de Colombia, reg. 321. Foto: © Museo Nacional de Colombia / Samuel Monsalve Parra.